

# Capítulo 36 - La Última Etapa - El Último Orellen

- [Capítulo 36 - La Última Etapa - El Último Orellen](#)

# Capítulo 36 - La Última Etapa - El Último Orellen

Solo unos pocos días después de partir de Los Gemelos Solitarios, la magia volvió a desaparecer del mundo. Antes de que sucediera, Kalen y Yarda tuvieron tiempo suficiente para grabar una vasija para cada una de sus familias. Era una práctica, pero también un acto de indulgencia. Kalen solo había comprado suministros para tres vasijas más.

Vale la pena, pensó mientras esperaba su turno en la pequeña cocina del barco, en la cuarta tarde de regreso en alta mar. Yarda le había hecho tocar la vasija una y otra vez, maravillada por el sonido de su propia voz. La suya sonaba como la de un niño de seis años. Quizá debería intentarlo de nuevo.

“Última de los ciruelos frescos, muchacho,” dijo el cocinero, entregándole un plato poco profundo de estofado de pescado con una sola cuña de ciruela encima y otro con un trozo de calabaza. Cada plato llevaba un trozo de pan. “Suministro escaso de ellas en Los Gemelos este año.”

“Gracias. Devolveré los platos enseguida.”

La comida de la tarde a bordo del Ester Ivory se servía en turnos. Si no devolvías tu plato rápidamente, alguien del siguiente grupo probablemente te habría localizado y preguntaría qué tardabas tanto.

Kalen compartió la comida con Yarda, quien había pasado más tiempo en cubierta desde que el tiempo se había vuelto agradable. Ella se sentaba en un pequeño taburete y él se mantenía de pie a su lado, con las piernas ya tan acostumbradas al balanceo del barco que casi no notaba el esfuerzo de mantener el equilibrio para no derramar su comida.

“Yarda,” dijo, absorbiendo la salsa de pescado con su pan, “¿crees que si un hombre nació en Elder Twin, pero sus padres eran de Tiriswaith, podría tener un acento de Tiriswaith en lugar del lugar donde nació?”

Yarda inclinó la cabeza pensativa, observando a los marineros tiriswaithanos que comían cerca. “Probablemente tendría algo entre los dos, pronostico. No creo que sonara exactamente como uno u otro. Tal vez cuando era más joven se parecía a sus padres, y luego iría adoptando cada vez más el acento de su tierra natal.”

“Eso tiene sentido.”

“¿Por qué preguntas?”

“Solo tenía curiosidad. El acento tiriswaithano es bonito. Muy distinto al Hemarland.”

Yarda levantó una mano para cubrir parcialmente su boca y susurró en secreto: “No me gusta nada,”. “Cada uno de ellos parece que habla medio en secreto en todo momento. Me hace esforzar mucho los oídos.”

Kalen sonrió. “Excepto cuando están emocionados. Entonces gritan tan fuerte como cualquier marinero.”

Es cierto que los tiriswaithanos generalmente hablan en voz baja. Y el ritmo de su discurso no tiene el tono retumbante que tienen los de Kalen y Yarda. Sus palabras son todas bastante claras y distintas entre sí.

Está bien. Apenas podía imaginar una mejor oportunidad para practicar un acento extranjero que estar atrapado en un barco durante semanas con hombres que lo hablan así. Pero, ¿cómo sabré si lo hago bien?

Solo tendría que preguntar. Lo más probable es que nadie se moleste si dice que admira cómo hablan y quiere imitarlo. Kalen aún no ha conocido a ningún marinero que no quisiera alguna distracción inofensiva y peculiar en su día. Burlarse de su acento seguramente sería esa distracción.

Terminado su pescado, recogió los platos y los llevó de vuelta a la cocina.

“Era delicioso,” dijo, esforzándose por hacer su primera prueba.

“Sí, me alegra que te haya gustado, muchacho,” respondió el cocinero sin alzar la vista de su trabajo. “Siempre eres bueno para los cumplidos.”

“Mi madre dice que las personas que se quejan de la comida que no prepararon ellos mismos no deberían tener permitido comerla.”

“¿Oyeron eso ustedes?” preguntó el cocinero al siguiente grupo de marineros mientras llenaba sus tazones.

“¿Ese habla gracioso que hace?”

“No, ¡es su sabiduría materna! Voy a decirle al capitán que esto debería ser una regla en toda la nave.”

Así que es gracioso. Bueno, solo es mi primera vez, pensó Kalen, yendo de nuevo al exterior. Si puedo memorizar el patrón sónico de un sortilegio, puedo memorizar un acento.

Fue algo en lo que pensó la noche anterior, acostado en su estera en su cabina oscura. Si lo peor llegara a suceder, y tuviera que viajar con Yarda a través del continente, sería mejor que él no fuera Kalen, hijo de Jorn. Sería mejor si él no fuera de Hermarland en absoluto.

Había dejado su hogar no solo para recibir entrenamiento, sino para mantener a su familia a salvo. Por eso, depositaría seguridad tras seguridad. Si podía, decidió, Kalen hijo de Jorn desaparecería hasta que llegara sano y salvo al Archipiélago y volviera a encontrarse con Arlade y Zevnie. O, en caso de no poder, hasta que lograra regresar a su aldea.

Solo en caso de que todo saliera mal. En caso de que tuviera que decirle la verdad a Yarda. En caso de que viajaran por tierras enemigas.

Por supuesto, será difícil explicar cómo terminamos Yarda y yo juntos si no somos de la misma isla. Y sería mejor si ella no fuera la persona más reconocible del mundo. Aún no es un plan perfecto.

Pero se las arreglaría. Y en un largo viaje, con Yarda en mal estado de salud, quizás haya muchas personas con las que Kalen tenga que tratar solo. Al menos en esas ocasiones, podría ser alguien sin vínculos con su verdadero hogar.

A partir de ahora, cuando no hubiera mucho magia para utilizar, trabajaría en sus mentiras en su lugar.

No, prometió a sí mismo, no habrá historias tontas sobre los maestros de cubierta, no las habrá. No habrá huecos misteriosos en su nueva historia. Todo sobre él tendrá sentido esta vez. Ya no soy tan pequeño como para que la gente piense que solo soy un confundido si me equivoco.

Inventaría una mentira mejor que la que los Orellen le habían dado.

Aunque nunca la tuviera que usar, le gustaba la idea de superarlos en algo.

De manera constante, si no los había visto en todo el día, el capitán Kolto entraba por las noches para tocar la puerta de la cabina y preguntar por el bienestar de Kalen y Yarda. Ambos le habían dicho que no era necesario, pero él insistía que era lo que hacía un capitán cuando tenía pasajeros que pagaban. No lo disuadirían.

Un par de noches después de que Kalen se embarcara en su misión de forjar una nueva historia para sí mismo, lo recibió en la puerta con un frasco de grabaciones completamente nuevo en las manos. “¿Podría hablar en esto, por favor?”

“¿Eh?” preguntó el capitán, luciendo desconcertado.

“Ya lo impregné. Está listo en cuanto lo abra. Si pudiera contar un poco sobre Tiriswaith, sería perfecto.”

—¿Supusiste que navegamos por otro trecho de magia hoy? —dijo Kolto con una sonrisa irónica, mirando por encima del hombro de Kalen hacia donde Yarda se encorbaba en una litera, intentando tejer algo con las manos inflamadas.

Yarda se encogió de hombros.

—No. No lo hicimos. Puedo usar toda la magia que tengo de manera natural en mis canales sin que la mana ambiental esté presente. Solo que me resulta incómodo hasta que se recarga —explicó. La mañana anterior le pareció valiente cuando pensó en grabar a los Tiriswaithans, pero ahora sentía como si le faltara una parte esencial de sí mismo. Y sabía, por experiencia, que podía pasar días hasta que la mana que encontraron en su camino se acumulase lo suficiente en sus canales para poder lanzar otro hechizo.

Por eso no podía aceptar un no por respuesta.

—Quizá puedas hablar de tus peces —sugirió Kalen, sosteniendo el frasco insistente hacia la boca del capitán—. O de tu hijo. O de tu esposa.

—¿Todos mis temas habituales, no? —dijo el capitán riendo—. Bien. Solo unos minutos. Te contaré una historia de otra persona, ya que no puedo hacer que pienses que solo amo a tres cosas.

Habló de su abuelo, quien navegó con una tripulación pirata durante una sola temporada en su juventud y los odió tanto que recordó sus rostros durante toda su vida. Uno de los hombres con quienes navegó, casi setenta, trató de asentarse y retirarse en Tiriswaith; y el abuelo de Kolto, también de esa edad, lo ahuyentó de la ciudad con el spoke del timón como arma.

—¿Es suficiente? —preguntó cuando terminó.

—¡Fue genial! —exclamó Kalen, volviendo cuidadosamente el frasco—. Justo lo que necesitaba.

Con esto, podría practicar incluso después de abandonar la nave.

—Tienes un pasatiempo muy extraño —dijo Yoda después de que el capitán se fuese—. Sin embargo, supongo que es bueno que tengas uno, o de lo contrario habrías destruido ya toda esa nueva hoja que compraste.

Kalen había comprado una caja de hojas de papel a Ben y Polla antes de partir. Se estaban acabando rápidamente, pese a que él y Yoda no habían escrito una carta juntos últimamente.

—No puedo evitarlo —afirmó—. Estoy tratando de estudiar un hechizo que aprendí del hijo de los encantadores. Es muy asombroso, pero no tuve la oportunidad de leer al respecto, así que intento desglosarlo por mi cuenta. Necesito buenas notas para mantener mis ideas ordenadas.

Pasar del conocimiento práctico sobre cómo funciona un hechizo a entender la teoría que lo respalda era todo lo opuesto a cómo usualmente aprendía. Pero "Invoca BLOB" era un hechizo tan simplificado que realmente quería conocerlo a fondo. Si lograba entenderlo, quizás podría modificarlo.

O expandirlo. Solo funcionaba en un área que actualmente tenía el doble de ancho que la palma de su mano.

Y sería un sueño convertirlo en algún tipo de hechizo de viento, aunque no tenía la menor idea de cómo lograrlo ni cómo sería eso siquiera.

Antes de dormir esa noche, dibujó una pequeña cruz en una esquina de una página en su libro de magia curativa. Había una marca para cada día que había estado lejos de casa y, con solo quince más, llegarían al continente. Y Kalen descubriría qué, si acaso, habían causado sus cartas a Arlade.

Por favor, que esté allí, pensó, escuchando a Yrda roncar. Por favor. Estoy haciendo planes por si no lo está, pero sin tú, todo es mucho más difícil.

—¿Soy solo yo—preguntó el primer oficial, elevando la voz por encima del aullido del viento—, o el muchacho realmente disfruta estar en medio de una ventisca helada?

Kalen había estado sentado en cubierta con los ojos cerrados, intentando captar alguna percepción del día ventoso.

—Los muchachos tienen ideas extrañas en la cabeza—replicó el capitán—. Haré que baje si el mar se vuelve más violento. Y él es un practicante. Estoy seguro de que está bien.

—Sus labios están azules. ¡Y sus mejillas parecen haber sido abofeteadas tres veces por la misma naturaleza! Creo que si fuera a aprender alguna magia, ya la habría dominado.

—Él dice que es un practicante del viento—intervino uno de los marineros, mientras revisaba los nudos de una cuerda—. Quizá es como aquel que encuentra la corriente en un remolino. ¡Tan feliz como puede estar siendo zarandeado por todas partes!

—¡Me gustaría eso!—gritó Kalen para ellos.

—¿Qué dices, muchacho?—preguntó el primero.

—¡Me gustaría poder aprender a ser como aquel que encuentra la corriente en un remolino!—En ese momento, estaba tan lejos de ello como podía imaginar. El viento lo helaba hasta los huesos. No parecía pertenecerle ni él al viento, ni el viento a él.

—¡Por los dioses!—murmuró el oficial—. ¡Intenta mantener ese horrible acento, aunque le tiemblen los dientes.

—Pero va mejorando, ¿no es así?

—¿El acento? Me parece una pérdida de esfuerzo. ¿Quién se preocupa por esas cosas?

—Los muchachos tienen ideas extrañas en la cabeza—volvió a decir el capitán.

—De eso habla usted, con un pez de mascota—suspiró el oficial—. Y luego, en voz más baja, como un susurro que apenas se escucha en el viento—. Más en serio, Koltó, ¿está bien dejarlo a él y a la mujer solos en el Puerto de Granslip?

El capitán lo miró con atención. —Es el viaje por el que pagaron. Su amo los encontrará allí.

—Sí, eso dice. Pero no me gusta pensar en él solo, en su edad, enfrentando el cuerpo muerto de un pariente en tierra que nunca ha visto antes. Ella no está bien, ni en sus mejores días.

—No digas palabras tan oscuras al mar—murmuró Kolto, haciendo una señal contra la mala suerte—. Lo he pensado bien. Enviaré un mensaje al mayordomo del puerto. Es un hombre decente, al menos por lo que he visto de él en estas temporadas. Si algo sale mal, el muchacho puede confiar en él hasta que llegue su amo o otro navío con destino a Hemarland.

—Eso me gusta más—dijo su amigo—. La madre del pequeño puede alimentarlo otro año o dos, antes de que salga en busca de hechiceros.

Tres días antes de la fecha prevista para su llegada, Kalen sintió por primera vez el continente. Había esperado sentirlo desde hacía un tiempo, así que, mientras estaba en la barandilla mirando hacia el este, detectó un débil susurro de magia incluso antes de lo que normalmente habría logrado.

Se fue intensificando lentamente pero de manera constante durante la mañana. Todavía era demasiado tenue para lanzar hechizos cuando el capitán Kolto se acercó a él. —Pasaremos la Línea de los Magos en un par de horas, confío—dijo—. Después, estaremos en las Aguas Vinculadas.

—El lugar donde el océano pertenece a los países y reinos del continente—explicó Kalen—. Recuerda aquel día en que Nanu le mostró por primera vez su mapa.

—Sí. La mayoría marca el borde de su territorio en alta mar con la Línea de los Magos. Es donde la magia se vuelve tangible para los practicantes.

Ya lo habíamos pasado, pensó Kalen. Abrió la boca para decírselo al capitán, pero luego reconsideró.

“¿Por qué le llaman la Línea del Mago?” preguntó. “¿Por qué no simplemente se llama la Línea del Practicante?”

“Creo que el término mago se refiere al nivel de logro donde todas las distintas familias comienzan a ponerse de acuerdo sobre las cualificaciones de uno, ¿no es así?”

“Exactamente,” dijo Kalen, complacido de poder hablar sobre eso. “Tus caminos se redendrifican; se dividen y forman una trama más amplia y compleja. Es un cambio más evidente que los otros avances, por lo que casi todos definen a un nuevo mago de la misma manera.”

El capitán asintió. “He escuchado algo al respecto. Como todos coinciden en qué es un mago, la Línea del Mago es el lugar donde la mayoría de los magos sienten por primera vez la magia del continente, o por fin la sienten desaparecer, durante sus viajes.”

“Oh,” comentó Kalen con sorpresa. “¿Alguna vez se desplaza? Como lo hacen las auroras?”

El capitán negó con la cabeza. “No lo suficiente como para importar. De lo contrario, no tendría sentido usarla para marcar los límites de un territorio, ¿verdad?”

Kalen no pudo evitar sonreír levemente. Esperaba que solo pareciera emocionado por la noticia y no demasiado orgulloso de sí mismo.

“¡Eso es interesante!” exclamó. “Gracias por contarme eso. Espero volver a sentir la magia pronto.”

Kolto soltó una carcajada. “Bueno, una vez que llegues al continente, ya no tendrás que preocuparte por eso.”

Eso pensó Kalen. Sabía que era un hecho, y aun así le era difícil comprenderlo. Pronto estaría en un lugar donde el maná nunca desaparecería. Siempre estaría a su alrededor, no tan espeso como en la cima de una aurora, pero inmutable. Inagotable. Eterna.

Podría lanzar hechizos todo el día. Todos los días. Desde ahora y hasta el fin de mis días.

Toda su vida había tenido un límite. Y semanas o meses de espera. Había tantas listas de cosas que debía lograr con urgencia cada vez que llegaban los momentos preciados para su práctica. Los fracasos y hasta los errores más menores siempre habían sido tan amargos porque significaba que había desperdiciado una de las pocas oportunidades que le habían dado. Pero en el continente, y aún más en el Archipiélago cuando finalmente llegara allí, eso no sería un problema.

Habrán otros problemas. Algunos quizá mucho peores. Hay personas aquí que me asesinarían si supieran qué soy.

Pero aún así...

Kalen se preguntó si esto era lo que sentían las aves cuando salían por primera vez de sus nidos y descubrían que el mundo no era una pequeña copa oscura, sino un cielo vasto e infinito.